

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 112.—BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1916



Transporte de heridos italianos

CRONICA INTERNACIONAL

I. El cansancio.—II. El clamor de auxilio.—III. Grecia y los beligerantes.—IV. ¿Qué ocurre en Egipto?

I.—El cansancio

Los toques estridentes de quienes sueñan o aparentan soñar con la victoria final y el aplastamiento del adversario, suenan cada vez más a algo artificioso y falso. El buen sentido se va abriendo paso, y, cosa que parece extraña, la serenidad y claridad de juicio viene de los campos más extremos de la política, lo mismo en el grupo de los aliados que en el de los imperiales.

En la Cámara francesa han resonado por vez primera voces encaminadas a poner término a la guerra; la indignación de las mayorías fué más aparente que real. Está profundamente arraigada en Francia la creencia de que haciéndose la fuerte, el enemigo será inducido a error, sin advertir que Alemania conoce la situación interior de Francia mejor que ésta misma. Es un secreto a voces que a nadie puede engañar.

Los ingleses han tenido mucho cuidado en decir que las dos tentativas de paz que partieron de Alemania fueron inaceptables, por demasiado exigentes; pero los ministros que tal declaran, se callaron durante muchos meses y no dieron a conocer esas ten-

tativas alemanas. Al fin las han puesto a la luz pública, no atreviéndose a seguir arrostrando la responsabilidad moral de contradecir lo que el canciller alemán había manifestado en circunstancias solemnes.

En Rusia, aunque la censura es severísima, se habla de la paz hace ya bastante tiempo, y existe allí un poderoso núcleo de opinión favorable a la conclusión de las hostilidades; pero las esferas oficiales no quieren transigir.

Y en Italia se aguarda con ansiedad lo que dirá Giolitti, único estadista de aquel país que vió con claridad la situación de Europa y adivinó el porvenir. Siempre ha habido en Italia una gran masa de gente enemiga de la guerra, que estiman funesta para su Patria y de resultados deplorables.

De los Imperios centrales no hay que hablar. El canciller alemán está siempre dispuesto a entablar negociaciones de paz, a condición de que se reconozca la verdad de los hechos, esto es, que Alemania lleva, sin el menor asomo de duda, la mejor parte en las operaciones militares en todos los teatros. Austria-Hungría desea asimismo la paz, si bien antes trata de mejorar su situación en el frente italiano; Bulga-

ria ha conseguido cuanto deseaba, y Turquía hará lo que le aconsejen sus poderosos aliados.

Flota según esto en el ambiente una marcada corriente pacifista, de buen augurio. No es que creamos que la paz está muy cerca, pero para llegar a ella, lo primero es que las gentes se acostumbren a oír aquella palabra; primero, al escucharla, se despierta un sentimiento de indignación; después, de duda, y al cabo se comienza a meditar, se establece la comparación entre la situación que se padece y la que podría sobrevenir, y queda formada la atmósfera propicia para que los estadistas laboren por la paz. En este sentido, hay que alegrarse del valor moral que han tenido y tienen algunas personalidades, poniéndose enfrente de los apasionamientos, que todavía ciegan a las multitudes, y dando muestras de buen sentido. A los ejércitos compete coronar la obra de esos buenos patriotas, pertenezcan a cualesquiera de las naciones beligerantes, para que desaparezca la timidez en las masas y se imponga a todos lo que es ya un anhelo vivísimo que a duras penas puede reprimirse.

II.—El clamor de auxilio

Tanto tiempo se permitió a los italianos que obraran a su antojo, que llegaron a creer que se encontraban en una situación especial, única, sin ningún punto común con la de sus aliados. Para ellos, era cosa evidente e indiscutible que Rusia y Francia recibirían los golpes de los germanos, y que en tales disputas se extinguirían las fuerzas de unos y otros; lo más sabio era esperar, porque, aguardando, el triunfo se vendría por sí solo a las manos del general Cadorna, y los sacrificios de los aliados tomarían la forma de pingües ventajas para los italianos. Este cálculo, como tantos más, ha resultado fallido. Austria ha dado a conocer que todavía le restan energías para repetir lo que hizo en 1859 y 1866.

Seguía la prensa italiana con una atención muy relativa los acontecimientos militares en los demás frentes; sólo interesaban en segundo término a los italianos, que ocupaban una posición privilegiada. La guerra no rezaba con ellos; se conformaban con ser espectadores, después de haber puesto el pie en el territorio enemigo, para que la paz les sorprendiera en buenas condiciones o para que la extenuación de los austro-húngaros les deparara una fácil victoria. Esta actitud era cómoda, pero tenía sus quiebras.

Más de una vez, la prensa francesa demandó el apoyo de los italianos, bien para que emprendiesen un ataque enérgico que atrajese fuerzas enemigas al Sur, ya para que enviasen tropas a Verdun, como lo hicieron los rusos. También se pidió su concurso en Salónica, como antes se le había solicitado durante la invasión de Serbia y el ataque a Montenegro. Italia respondía invariablemente que su carga era muy pesada y que bastante hacía con retener algunos centenares de miles de austro-húngaros en los Alpes.

Los tiempos han cambiado. Los italianos han visto de cerca al lobo y encuentran muy natural que Francia, Inglaterra y Rusia hagan por Italia lo que ésta no hizo por aquellas. A este fin, los más significados periódicos de la península recuerdan cuánto

favoreció (?) a los rusos la ofensiva italiana desde junio a septiembre; cómo, sin los esfuerzos de Cadorna, los imperiales se habrían apoderado de Salónica, sin más que enviar a Macedonia las fuerzas entretenidas en los Alpes; cuán útil fué a los franceses la tercera batalla del Isonzo. Concluyen, pidiendo a Rusia que ataque a los austriacos y a Francia que caiga sobre los alemanes, para facilitar la acción de Rusia.

Con mal reprimido desdén responden los franceses; más bien parece que sienten un secreto placer contemplando cómo, por fin, también los italianos han saboreado el contenido de la copa de amargura, antes reservada a los demás aliados. Pero Inglaterra, que sólo por excepción se ocupaba en la campaña austro-italiana, muestra su inquietud y solicita que se acuda pronto en auxilio de los italianos para sacarles de la tribulación en que se encuentran. Reflexionando sobre este cambio de criterio, dos explicaciones, que se complementan, se ocurren. La primera es que en el auxilio que se pide saben los ingleses que ellos no han de participar, porque bastante hacen con guardar la mitad del frente occidental. La segunda y más importante es que Inglaterra se da perfecta cuenta de lo movedizo y cambiante de la opinión italiana, sabe que hay allí muchos enemigos de la guerra, y teme que sobrevenga un cambio de ministerio que ponga a Italia fuera de la alianza.

En previsión de este hecho, que podría conducir al término de la guerra, Inglaterra, que ha llegado a un acuerdo con Francia en lo relativo al precio del carbón y los fletes, no se ha apresurado a obrar de la misma manera con Italia, a pesar de que ésta lo pedía con más insistencia y más fundamento que Francia. Reserva, sin duda, el Gabinete de Londres esta arma del carbón y los fletes para esgrimirla cuando se haga inminente un cambio de actitud de Italia; le dará entonces esa pequeña satisfacción, y la guerra continuará dura y feroz lo mismo en el E. que en el O. y en el S.

A esta triste condición se ve reducida Italia. Aliada sin verdaderos aliados, quiso ir sola y por su propia cuenta, y se expone a quedar sola en la hora de la desgracia. Apenas se concibe una ceguera tan grande como la padecida por los gobernantes italianos; su pueblo veía más claro. Ahora, no hay más que atenerse a las consecuencias, porque el error es irremediable.

III.—Grecia y los beligerantes

Mucho tiempo hacía que Grecia figuraba relegada a la triste condición de víctima resignada y sumisa de Francia e Inglaterra. Dábase por inconcuso que estas dos naciones eran las que imponían su voluntad a los griegos, los cuales estaban definitivamente fuera de la órbita de los Imperios centrales. Tanto se había insistido, también sobre la tirantez de relaciones y las antipatías de raza entre Grecia y Bulgaria, que nadie admitía que los búlgaros fuesen osados a penetrar en territorio griego, porque en tal caso se encontrarían con las bayonetas griegas. Precisamente ese antagonismo entre los dos países balcánicos era el argumento que sirvió para justificar la pasividad del ejército búlgaro. Parecía innegable que el día en que los germanos o los búlgaros atravesara-

ran la frontera de Macedonia, los griegos sumarían sus fuerzas militares a las de los aliados, y Grecia formaría parte del grupo de los aliados. Pero no siempre los vaticinios están de acuerdo con las realidades, y cuando los augurios provienen de los aliados, seguramente resultan fallidos. Esto es lo que ha ocurrido en la presente ocasión.

Las tropas búlgaras han pisado el territorio griego, ocupado algunos fuertes y siguen avanzando; y los griegos, en lugar de hacer uso de sus armas, se repliegan y ceden ante la fuerza, como antes se replegaron y cedieron a la intimación o amenaza de los aliados. De modo que se ha desvanecido la complicación que los franco-ingleses daban como segura e inevitable en la hipótesis de que los búlgaros se decidieran a pasar este nuevo Rubicón. Es otro triunfo que tiene que registrarse a su favor la diplomacia de los aliados. Y no será el último de este calibre. Lo cual es lógico, porque varias veces hemos dicho que en tiempos de guerra, y en general también en los de paz, no hay mejor diplomacia que la contundente de la fuerza y la palpable de la realidad. Llevaran la mejor parte los aliados y todo se les facilitaría; pero como las cosas se les han puesto feas, sus habilidades no conducen a nada provechoso: no alcanzan más allá de los idealismos y fantasías de algunos hombres que se empeñan en moverse fuera de la realidad, y quedan sin efecto para todo lo que sea práctico y positivo.

Puesto que Grecia se ha callado ahora, se ha renovado el peligro para los aliados de que más adelante, y según se desenvuelva la guerra, se ponga al lado de los austro-germano-búlgaros.

IV.—¿Qué ocurre en Egipto?

Rebeliones y ataques de los senussi en el N. O. de Egipto; agresiones bastante afortunadas contra los puertos del mar Rojo y el extremo S. del canal de Suez; alzamientos en el Sudán; intranquilidades, malestar y severas represiones en el interior del protectorado... ¿Qué ocurre en Egipto? A pesar de que ha desaparecido la inminencia de una ofensiva turca contra el canal. Inglaterra continúa manteniendo en Egipto un considerable ejército, que últimamente ha sido reforzado con tropas de la India, según se dice. Que algo anormal se está desarrollando en aquel país lo dan a conocer las rigurosas medidas que acaba de tomar el Gobierno británico para regular la entrada y salida del país. Ni siquiera en los países en guerra se es tan precavido como en Egipto.

En lo sucesivo, lo mismo para entrar que para salir de Egipto habrán de dirigirse solicitudes con catorce días de anticipación, por lo menos, a la fecha de emprender el viaje, a las autoridades inglesas en Egipto e Inglaterra; la petición habrá de ser doble, una a la oficina militar de permisos, que una vez otorgado el que se pide, pondrá al interesado en condiciones para dirigir una segunda solicitud a la oficina de pasaportes.

Esta no lo entregará sin previa consulta a las autoridades británicas en Egipto, y cuando no haya informe en contra se concederá lo solicitado. Los extranjeros residentes en países neutrales o aliados, habrán de solicitar el permiso con la misma antelación. Se ve, por lo tanto, que Inglaterra no permitirá en lo sucesivo la entrada en Egipto sino después

del placet de las autoridades británicas en el protectorado. Las mismas formalidades habrán de observarse para la salida. En casos urgentes, y siempre que se trate de algún viaje de ida y vuelta por asuntos mercantiles, particulares o de familia, podrá concederse a la vez la autorización para salir y regresar, pero exponiéndose así en la instancia, y a condición: 1.º de que se trate de alguna persona que habitualmente resida en Egipto; 2.º de que el interesado haya observado buena conducta y no haya cometido acto alguno sospechoso a juicio de las autoridades inglesas. De modo que para viajar a o de Egipto, van a necesitarse casi más requisitos que para entrar o salir de una plaza sitiada. En estas condiciones, seguramente no es muy agradable la situación de los egipcios y de las personas que allí residen. ¿Disfrutarán de mucha libertad, cuando para entrar o salir se requieren tan minuciosas formalidades? Algo grave y muy grave está ocurriendo en Egipto. La presente guerra ha de dejar terribles fermentos en todos los países musulmanes ocupados por los ingleses. No en vano los turcos han derrotado repetidamente a los ingleses a las puertas mismas de los países mahometanos, y la noticia forzosamente habrá corrido como un reguero de pólvora, envalentonando a los que soportan a los invasores porque no tienen medio de oponerse a ellos, pero con la esperanza siempre viva de sacudir un día la dominación y recobrar la independencia.

Si efectivamente Egipto vuelve a ser más o menos pronto el semillero de revueltas y alzamientos, la situación no es sólo desagradable para los ingleses sino que repercutirá sobre todas las naciones que tienen intereses en Africa. Comenzará por sentirse lesionada Italia; Francia es más fácil que pueda librarse de la agitación indígena, pero si así no fuera, el golpe también se haría notar sobre nosotros. Es, por consiguiente, de interés cuanto venga de Egipto y sería conveniente que procuráramos saber qué es lo que allí ocurre, para prepararnos con tiempo a lo que luego puede parecer imprevisto, sin serlo. La intervención de Inglaterra en la guerra y el amplio uso que está haciendo de las tropas coloniales, ha sembrado en el mundo una mala semilla, removiendo las pasiones de los pueblos subyugados, y haciéndoles ver que su fuerza era mayor de lo que ellos mismos creían.

F. LARIN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

El Caserío de Uszok.—Su organización defensiva.—La fosa común

IX

El paso de Uszok es uno de los puntos en que combatieron más largo tiempo y con mayor encarnizamiento rusos y enemigos. En un oleaje constante adelantaba y retrocedía el frente de combate. Avanzó hacia el S. y algún tiempo sólo en el extremo húngaro del paso se escuchó el batir de las armas. Mas luego volvió el frente a moverse hacia el Norte, recorrió todo el paso a lo largo lentamente, hasta bajar por las pendientes de Galizia.

Los oficiales austriacos lo cuentan con orgullo y

con detalles que no es posible reproducir aquí. El orgullo es natural y fundado. La lucha en estos desfiladeros, en estos montes y alturas a veces cortadas a pico, no es cosa de juego. Es una lucha terrible y llena de complicaciones que requieren del soldado una suma de energía, de astucia y de valor que apenas es concebible en un humano, de que a primera vista y con la ayuda de la razón no se cree uno mismo capaz, y que sólo puede originar y sostener un sentimiento, una pasión: el amor de la patria, la conciencia de la comunidad social de que el individuo no es sino un miembro. Son sentimientos que sólo pueden anidar y desarrollarse en el seno de un

das en el caserío de Uszok puede servir como tipo de esta clase de obras, merecedora de una atención especial.

El espíritu del profano se inclina a creer que la interposición de una docena de casas débiles en el frente de operaciones de un ejército, no puede tener influencia alguna en las maniobras. Piénsase que se habrá de obrar en tal caso, como en campo raso. Nada hay, sin embargo, más erróneo. Una aldea, por insignificante que sea, es siempre objeto de codicia para las tropas adversarias. Sólo en condiciones muy especiales de desigualdad del terreno ordena la táctica militar desatender un villorrio.



El mariscal archiduque Federico y el jefe del Estado Mayor general austro-húngaro, barón de Conrad von Hötzendorf

hombre civilizado que ha llegado a imprimir en su instinto un alto grado de moralidad y de cultura.

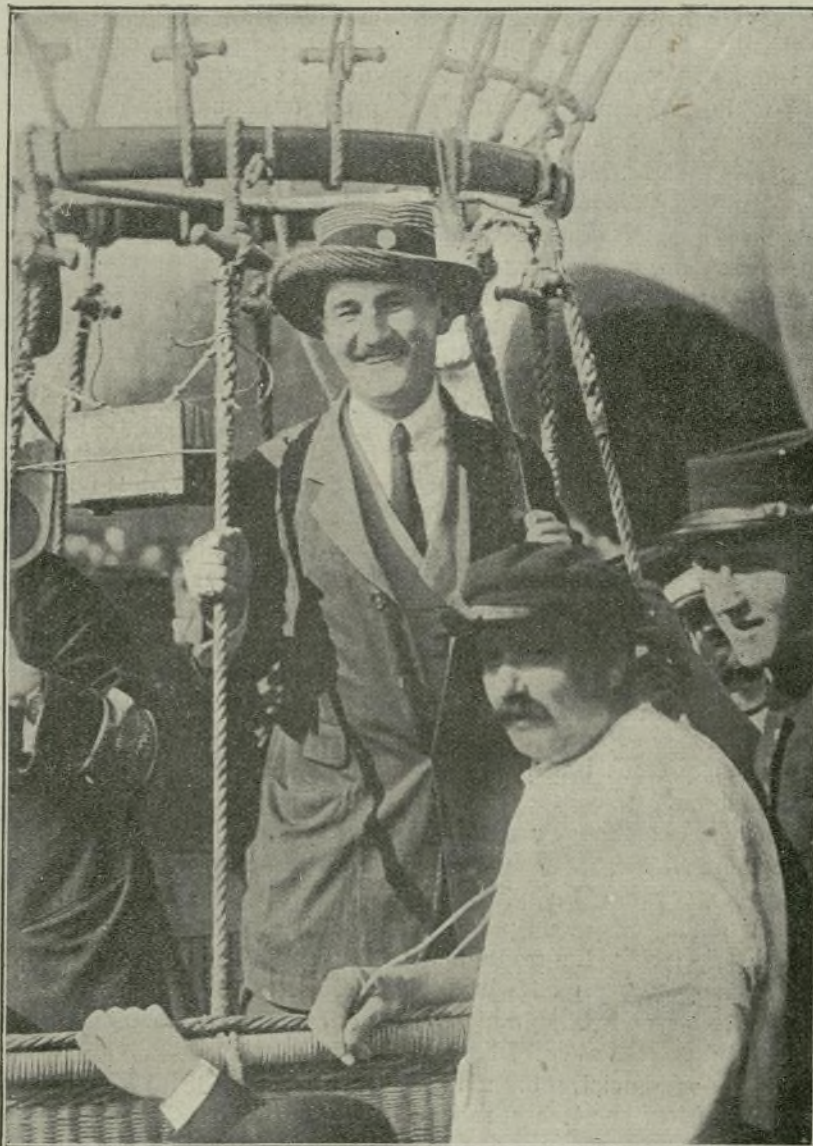
Aquí, en el paso de Uszok, en una inclinación que termina con la hondonada más profunda del paso, se ve un caserío, mejor dicho, los escombros de un caserío que fué. Yace a unos 900 metros sobre el nivel del mar. Hacia el Noroeste se levantan imponentes alturas rápidas, coronadas por el Halicz, de 1350 metros de elevación. En el sentido opuesto, las pendientes son más suaves, los picos menos escarpados. Por lo demás, no contiene peculiaridad alguna. Es semejante a cualquier caserío. La descripción, por tanto, de las obras de defensa ejecuta-

En efecto, un grupo de construcciones habitadas ofrece generalmente múltiples ventajas para su defensa, así como para el ataque. Las casas son puntos elevados de observación y sus ventanas magníficos apoyos para el tirador. Tapias y cercas, cunetas y zanjas, ligeramente reforzadas y arregladas, pueden servir de trinchera. Comunicaciones entre los diversos grupos son proporcionadas por calles y veredas. Así es que, añadiendo algunos impedimentos y estorbos de rápida instalación, el lugar presenta ventajas preciosas.

Nuestra aldehuela está colocada en un plano ligeramente inclinado y uniforme. Cuenta con unas

veinte casas diseminadas sin orden entre la vía del ferrocarril y el río. Más allá de la vía se levanta escarpada la montaña, de manera que no necesita defensa alguna. Entre las casas hay algunas de mayores dimensiones, que han prestado a los rusos diversos servicios. En el fondo, una fué ocupada por el lazareto, otra por el mando. Las del frente muestran todavía detrás de las ventanas restos de trincheras de sacos llenos con arena. Una de dos pisos, más fuerte y bien construída debe haber servido muy especialmente para la defensa. Fué también el blanco de los tiros austriacos y conserva tan sólo paredes

trinchera más adelante una tapia de piedra de una altura de más de dos metros y medio. Tras de ella se colocaron dos líneas de tiradores, seguramente, una sobre la otra. Escaleras de mano, sillas, bancos, maderos están todavía allí, que sostuvieron, al parecer, a los de arriba, cuyos fusiles descansaban sobre el filo de la pared. La fila inferior reposaba directamente sobre el suelo. Los agujeros de la tapia muestran las posiciones que sus defensores guardaron. Los unos parados, los demás de rodillas o sentados, según la construcción de la pared permitió arrancar una piedra o perforar un agujero mediano más o



El célebre aereonauta francés Rumpelmayer, que había batido el recorrido de mayor duración (1740 kilómetros), muerto en un combate aéreo

incompletas, de las cuales cuelga un fragmento de techo.

Las obras artificiales de los rusos se encuentran en la orilla Sudoeste de la aldea. Forman una trinchera casi ininterrumpida, desde la vía férrea hasta el río. En su extremo, principia como un foso poco profundo, donde los tiradores tenían que permanecer de rodillas. Luego se profundiza hasta la altura de un hombre en pie. Traveses la cortan cada diez o quince metros. Enseguida se pierde en un matorral, donde los tiradores se esconden a la vista del enemigo y sirve al mismo tiempo de salida de la zanja. Continúa la

menos alto. Al llegar la tapia al camino, dobla en ángulo recto hacia el centro del pueblo. Sólo algunos pasos permanece intacta hacia atrás. Aquí, lejos de servir a la defensa entorpecía las comunicaciones con el resto de la línea, por lo cual fué echada por tierra.

El camino estuvo obstruído por los restos de un carro y troncos de árboles que antes crecieron a la orilla del camino. Los austriacos despejaronlo más tarde arrojando a un lado los impedimentos amontonados por los rusos. Los palos que no han sido hechos leña por algún campesino al pasar, permanecen aún

ahí haciendo compañía a las cuatro ruedas que un tiempo fueron medio veloz de locomoción.

Entre el camino y el río se abre de nuevo una zanja en línea curva siguiendo la orilla del poblado. Cerca de la mitad está interrumpida por un nuevo camino que conduce al río. Este camino fué obstruido con una verdadera muralla de piedras que abundan en las cercanías. Más cerca del río hubo de renunciarse a la abertura de un foso por causa de la dureza del suelo y se contentaron los defensores con parapetarse tras las rocas grandes y desnudas que la Naturaleza ofrece propicias. El río no es muy ancho, pero profundo y pedregoso. Los tiradores del extremo de la trinchera y los que ocupaban la amplia casa poco distante, bastarían a impedir la realización de todo intento de paso del río.

Delante de toda esta línea de trincheras cubre el suelo en una anchura de uno a dos metros un tejido de ramas, palos, troncos y piedras. Más afuera todavía corre la línea de alambradas de púas, compactas e invencibles en algunos puntos, ahora destruidas en los demás casi por completo, ya por la acción de las granadas austro-húngaras, ya por la mano misma de los zapadores intrépidos. Diseminados en las cercanías de los alambrados, aumentaban la dificultad de toda aproximación múltiples pozos de lobo; muchos están ahora descubiertos, otros fueron ya tapados para hacerlos inofensivos.

En ambos caminos, así como en la vía férrea habían colocado los rusos minas diferentes. Las del camino principal hicieron explosión. En los demás puntos no tuvieron tiempo los defensores de custodiarlas a la aproximación del enemigo, evidentemente, pues que éste tuvo oportunidad de descubrirlas y desenterrarlas con éxito.

Cuando los austro-alemanes se apoderaron del caserío arreglaron de manera semejante su defensa, en la orilla opuesta. Sólo que sus trabajos fueron más rápidos y en general menos acabados. Su estancia en el pueblo fué a su vez menos duradera.

Por lo dicho se ve cómo el defensor de un caserío adapta cada una de sus partes para el fin que persigue. Asimismo se comprende por qué un punto semejante es tan deseado y apetecido. Las tropas también se alegran de un hallazgo tal, pues las casas y establos presentan condiciones de habitabilidad que no se encuentran en el campo raso ni en el bosque. Y el abrigo de los soldados es esencial, sobre todo en lugares y épocas en que el frío y la nieve requieren sacrificios tremendos del guerrero.

A un lado del camino se ofrece a la vista un ligero promontorio de tierra y piedras, sembrado de cruces. Es largo y ancho. Cuántos centenares de muertos yacen ahí, nadie lo sabe. Ni hace al caso. Más notable es ver restos de vestuario y armamento que difieren bastante entre sí, en forma y color. Se adivina que los muertos de la fosa común tuvieron en vida diversas patrias y defendieron distintos hogares. Pero la muerte, que todo lo iguala y todo lo une, ha cerrado esta vez entre sus brazos a eslavos, germanos y magiares en un mismo estrecho abrazo, haciéndoles olvidar las rencillas que sobre la tierra los colocaron en trincheras opuestas.

J. C. GUERRERO.

Estío de 1915.

EL TEMOR A LA RESPONSABILIDAD

Continuando el senador francés monsieur Charles Humbert su campaña contra los defectos del régimen imperante en la administración de su país, ha dedicado un artículo, cuyos son los párrafos que siguen, sobre el temor a la responsabilidad.

«A nuestro alrededor, en todas partes se habla de responsabilidad, pero como de una carga insoportable de la que sólo se toma la parte que no se puede descargar sobre los otros. Cada cual cuenta con el vecino. Cada cual piensa en disminuir al mínimo su esfuerzo y, por si no bastara, alegar una excusa razonable.

»De todos lados se murmura, se cuchichea. Se indican los males a combatir. Se denuncia, a veces con precisión y buen sentido, las causas que los engendran y los agravan. Pero, en cuanto hay que tomar una resolución, marchar adelante, exponerse, tomando una actitud franca y clara, nadie aparece.

»Continúa la carta anónima. Se denuncia al vecino. Se ejercen, aunque desde un buen abrigo, las pequeñas venganzas. Se espera la hora propicia en que se podrá, con plena seguridad, declararse y aprovecharse de la situación. Pero se deja a otros el cuidado de arriesgarse en la acción.

»En los servicios públicos, en las administraciones, de alto a bajo de la jerarquía, el mismo estado de espíritu engendra la indiferencia, la inercia, laparálisis.

»Cada funcionario, cada oficina, cada ministerio, trata de compartir con los otros, y en el mayor número posible, la temible carga de la decisión que hay que tomar. Gracias a este sistema, no hay necesidad de reflexionar ni de atreverse: basta totalizar los pareceres.

»Esos inverosímiles documentos, en los que, para adoptar la medida más sencilla, se alinean innumerables firmas junto a sellos y anotaciones inútiles, sirven para que unas autoridades se apoyen jerárquicamente sobre otras, siendo imperceptible la parte que corresponde a cada cual.

»El jefe se excusa de haber resuelto solo: su subordinado había propuesto la medida. Y el subordinado se excusa a su vez: él no ha hecho más que sugerir la solución; al adoptarla, el jefe la ha hecho suya.

»Todos se devuelven la pelota. El caso es esquivar la penosa obligación de poner fin a las consultas y pasar a las obras.

»Nuestra organización de tiempo de paz había desarrollado terriblemente esta desastrosa mentalidad.

»El ministro no era más que el hombre que firma, que endosa, a veces en la más perfecta ignorancia, el trabajo de su administración. Excelente sistema para dejar a cubierto a todo el mundo: porque es imposible hacer responsable a quien ha resuelto sin concebir o al que ha decidido sin resolver.

»Sobre esta colaboración de autoridades sin competencia con competencias sin autoridad, se ha fundado todo el edificio público.

»Sin embargo, por una especie de irrisión, la palabra responsabilidad está en todos los labios. Cada superior declara a sus subordinados responsables ante él. Cada inferior juzga su responsabilidad cubierta por su superior.

»Así se continúa perdiendo el tiempo en minucias, hasta cuando la tempestad se desencadena, aunque la patria atraviese la más atroz y terrible de las crisis.

»Es menester sacudir esta torpeza. Arranquemos esas gafas que nos apartan, con el espectáculo trágico de la realidad, la vista de nuestro deber.

»La única grande y verdadera responsabilidad, es la que tenemos hacia nuestra propia conciencia. Ninguna organización, ninguna regla de obediencia, nos librarán de ella».

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Preguntas sin respuesta

—Estoy hecho un mar de confusiones. Me he dedicado estos días a leer la prensa de la cáscara amarga, y, como no estoy práctico en su fraseología y en su argumentación, se me ha armado un verdadero lío, del que no consigo leer.

(El señor A).—Me extraña, don Subrio, porque si en algo se diferencia totalmente nuestra prensa de la enrevesada germana es en la claridad y el método en la exposición y en la propiedad del vocablo. Diga usted, y será más breve, que no ha querido entenderla.

—Van ustedes a juzgar por sí mismos. Les ruego me esclarezcan los siguientes puntos: 1.º ¿por qué los de la repetida cáscara censuran a los imperiales el aplazamiento en emprender ataques y operaciones, y no miran antes a su propia casa?

(El señor B).—Muy sencillo: porque nosotros esperamos que el tiempo nos dé la victoria.

—Lo sabía. 2.º ¿Por qué la prensa de París y Londres dedicó columnas y columnas a describir la *reconquista* del fuerte de Douaumont, y poco más de media línea a su pérdida inmediata?

(El señor A).—Me parece que hay un poco de exageración en eso, pero... pero...

—El *pero* es lo peor. No se moleste V.; sigo preguntando. 3.º ¿Por qué los franceses *reconquistaron* el fuerte de Douaumont y a las pocas horas perdieron las ruinas de ese fuerte?... ¿Necesita V. pensar la respuesta? Voy con otra pregunta. 4.º ¿Por qué el 21 de mayo ese fuerte o sus ruinas no tenía importancia, la adquirió extraordinaria el 22—cuando los franceses entraron momentáneamente en él—y volvió a caer de ella el 23, una vez lo recobraron los alemanes?... Aunque se devane V. los sesos, no me responderá V.

(El señor A).—Formula V. las preguntas tan deprisa, que no no me da tiempo para...

—Continúo: 5.º ¿Por qué los alemanes, cuando avanzan y ganan terreno, sólo *ponen el pie* en la posición enemiga, y en cambio los franceses dicen que han *conquistado* X ó Y cada vez que adelantan media docena de metros?—6.º ¿Por qué las posiciones que ocupan los franceses son importantísimas, y pierden todo su valor así que caen en manos de los alemanes? 7.º ¿Cómo se explica que los alemanes *fracasen* siempre que se apoderan de un monte, un pueblo, un fuerte o una posición cualquiera?

(El señor A).—Porque su objetivo era más vasto, de mayor alcance, y no lo lograron.

—A lo cual replico. 8.º ¿De qué medios se valen ustedes para conocer los objetivos del enemigo y cómo se atreven a disertar acerca de ellos? 9.º ¿En qué consiste que el ejército francés, el ruso, el británico y el de los alpini, ninguno de los cuales ha recuperado el terreno que perdió, está compuesto de héroes, y el de los imperiales cada día es más mediocre? 10.º ¿Cómo es que los generales de las tropas que van hacia atrás son unos Napoleones, y los comandantes de los ejércitos que van hacia adelante no saben dónde tienen la mano derecha?... ¿Tampoco hay respuesta a estas preguntas? Aún me quedan otras en el buche.

(El señor B).—Parece V. un torbellino, don Subrio. Para no responder de ligero sería menester que nos permitiera V. recapacitar, cotejar los datos y noticias, comparar...

—No me agrada perder el tiempo. 11.º ¿Se concibe que el ejército que destruyó a los rusos esté deshecho y los rusos no; que el vencedor de franco-anglo-belgas esté en cuadro y los anglo-franco-belgas, no; que los italianos estén intactos y sin fuerzas los austro-húngaros; y que el ave fénix haya tomado la forma de los serbios? 12.º ¿Por qué los italianos se cubrieron de gloria tardando once meses en ocupar unos picos, que luego han perdido en seis días, con el aditamento de muchos valles y muchos prisioneros y muchos cañones, y en cambio ha *fracasado* la ofensiva de los austro-húngaros, cuyas victorias no merecen siquiera el nombre de ligeras ventajas? 13.º ¿Por qué cuando los aliados corren, estaba previsto su retroceso, que entraba en los planes del mando? 14.º ¿Green ustedes que los imperiales han hecho el tonto en Francia, Bélgica, Serbia, Albania, Montenegro y Rusia, y los aliados alcanzaron fama y renombre inmortal en Kut-el-Amara, Gallípoli y ciento cincuenta fortalezas rusas, galas, belgas, *et sic de coeteris*? 15.º ¿Por qué no merece más que un comentario de un par de líneas la toma de Varsovia ó de Amberes o la fuga de los italianos, y se dan golpes al parche un día y otro cuando los aliados se apoderan de un hoyo? 16.º ¿Qué misterio encubre el hecho de que los aliados pierdan, a lo sumo, algún elemento de trinchera, mientras que si ganan algo, por casualidad, es una fuerte organización defensiva, cuando menos? 17.º ¿Cómo es que los alemanes y austriacos cuentan los prisioneros que hacen, y los aliados se limitan a decir que han cogido más de diez alemanes, o hecho algunas docenas de prisioneros? 18.º ¿Qué quiere decir que se opera en la *dirección* de tal o cual parte o *hacia* tal punto, que dista centenares de kilómetros?... Pero, señores, ¿quieren ustedes responderme o no? Parecen ustedes encantados.

(El señor B).—Diré a V. El día que el nuevo ejército inglés esté organizado...

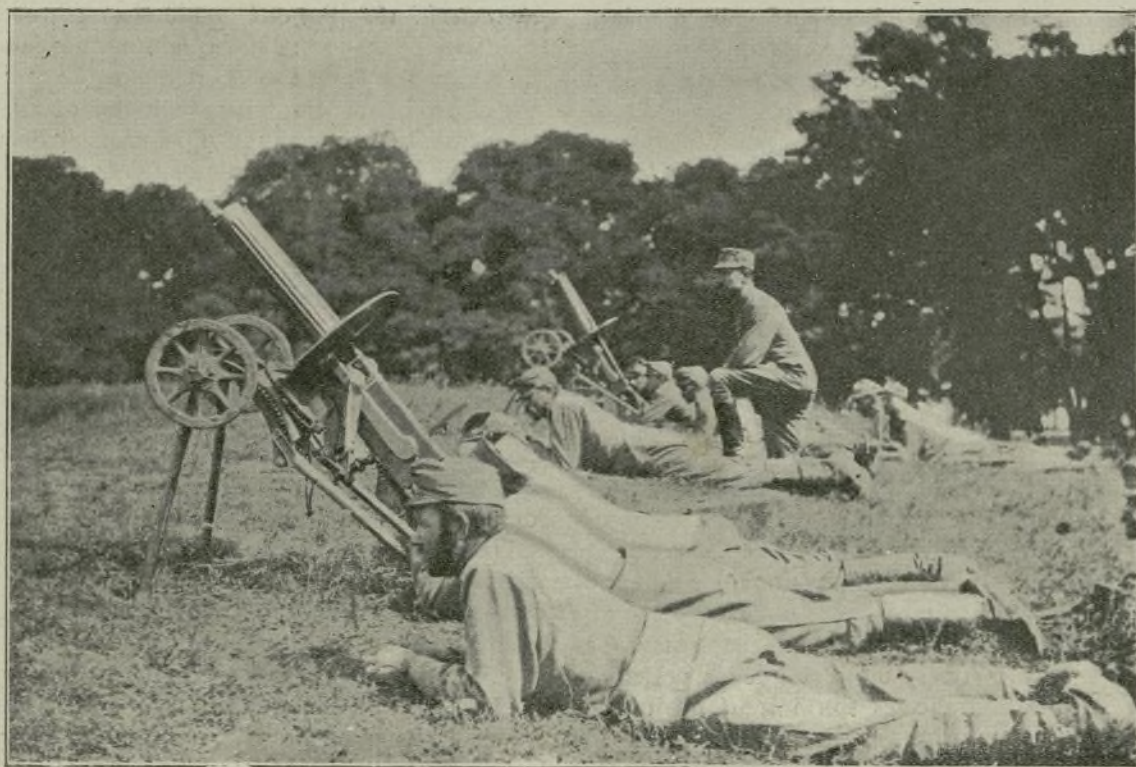
—¡Un momento! 19.º ¿Qué se han hecho los cinco millones cien mil hombres reclutados en Inglaterra, según ha declarado el Gobierno en el Parlamento, antes de haberse decretado el servicio obligatorio? ¿Están en Francia, en Egipto o en Babia?

(El señor B).—Me interrumpe V. a la mitad; decía, que apenas Inglaterra organice el nuevo ejército y lo lance contra los alemanes, la guerra cambiará de aspecto y...

—A esta pregunta sí que podrá V. responderme:



La altura 132, cerca de Soissons, que fué teatro de encarnizados combates



Ametralladoras rusas empleadas por los austriacos en el tiro contra aviones



Alpinos franceses en los Vosgos, descansando en un abrigo enterrado



Caseríos en ruinas en la meseta de Doberdo

20.º ¿En qué tiempo conjugan los imperiales el verbo obrar o el verbo ejecutar, y en cuál tiempo los aliados?

(El señor A).—No es posible que eso lo haya usted leído en nuestra prensa.

—Tiene V. razón que le sobra; pasemos por alto la pregunta, y a otra: 21.º ¿Cómo es que después de cada paliza, o zurra, si la palabra paliza les molesta, la posición del zurrado es más fuerte que la que tenía antes, siquiera la ocupen los bersaglieri? 22.º ¿Es verdad que los imperiales van de fracaso en fracaso, y los aliados están cada momento más cerca de la victoria final?

(Los señores A y B).—¡Ah, eso es indiscutible, evidente, palmario, innegable, axiomático!

—23.º ¿En qué libro se puede estudiar la manera de obtener la victoria final, yendo de derrota en fracaso y de carrera en retirada estratégica? 24.º ¿Qué mérito extraordinario ni qué laureles se ganan luchando en la proporción de dos o tres contra uno y siendo vencidos por este uno, para agotar el repertorio de los elogios en honor de los primeros? 25.º ¿Qué objeto tiene la danza de generales en los ejércitos de la *victoria final*, y por qué el mando no cambia nunca en los ejércitos de los *fracasos*?... ¿No me responden ustedes? ¿Se han quedado mudos? ¿Tan poco interesantes son estas cuestiones, que no merecen una respuesta?

(El señor A).—No contesto, porque me está usted preguntando con segunda intención.

—Me basta con la primera, la que se deduce directa y literalmente de las preguntas; no negaré que aun cuando para mí son candidas, para ustedes tienen más intención que un toro.

(El señor B).—Diga V. lo que quiera, no dejará de ser una verdad que nosotros, los adversarios empedernidos de los teutones, luchamos por el derecho y la justicia y la...

—La pregunta 26.ª la dividiré en dos partes: 1.ª Un país neutral ¿debe enviar armas y pertrechos de guerra a los aliados?

(Los señores A y B).—¡Sí! Bien claro está el derecho internacional; no hay duda posible.

—2.ª parte: el mismo país neutral ¿debe entregar gasolina a los submarinos alemanes?

(Los señores A y B).—¡Jamás! Eso sería monstruoso, inícuo, casi, casi infame.

—¡Muy bien! Por consiguiente, armas, tampoco, ¿es cierto?

(Los señores A y B).—¡Evidentemente!

—Pero carbón a los barcos aliados, sí; ¿me engaño?

(Los señores A y B).—Ya le hemos dicho que así lo manda el derecho internacional.

—Comprendido. Terminada esta disgresión, continuemos el interrogatorio.

(Los señores A y B).—¡No! ¡No huya V.! Manténgase V. en el terreno del derecho y de la...

—Otro día les interrogaré sobre cuestiones de derecho, justicia y libertad. Ahora voy a poner punto al cuestionario anterior. 27.º Ustedes, y con ustedes todos los aliados ¿creen ciegamente lo que les cuenta su prensa, por lo menos en lo que se refiere a las operaciones militares?

(Los señores A y B).—No nos dice más que la verdad; ¿por qué desconfiar de ella?

—¿Y entienden ustedes y se capacitan de cuanto les sirve en letras de molde?

(Los señores A y B).—Es claro como la luz del día.

—¿Por qué, entonces, no me han respondido ustedes a lo que les he preguntado?

(Los señores A y B).—Porque se había de meditar y reflexionar antes; no estábamos preparados a responder de momento.

—Y como lo que yo he preguntado se lee todos los días—en forma de afirmación en vez de interrogación—en los periódicos aliados, resulta que no entienden ustedes lo que leen.

(Los señores A y B).—Peor para V. si así lo cree. No nos asalta ninguna duda cuando leemos los periódicos.

—Y si los tales dijeran que los franceses han sido vencidos, derrotados los ingleses, hechos papilla los italianos ¿lo creerían ustedes?

(Los señores A y B).—¡Es imposible! Sería menester estar loco para sostener tales disparates.

—¿Harían ustedes la paz, si los alemanes se contesaran fracasados y la pidieran, reteniendo, claro está, Bélgica, el N. de Francia, Polonia, Serbia, etc?

(El señor A).—Para nosotros, los principios es lo fundamental; la parte material es secundaria. ¡Que se nos lleven territorios, con tal que se nos otorgue la victoria!

(El señor B).—Permítame V. que reserve mi opinión, don Subrio.

—Un consejo, señor A. No deje V. de leer su prensa, por mal que se pongan las cosas. La felicidad reside en uno mismo, y V. puede ser feliz por pocos céntimos de papel impreso. ¡Bienaventurados los simples de espíritu, porque ellos ascenderán al limbo!

SUBRIO ESCÁPULA

EL TEATRO AUSTRO-ITALIANO

Los procedimientos de ataque de los italianos. — Aniversario de la batalla de Gorlice.—Tarnow

4 de mayo de 1916.

En el curso de la guerra austro-italiana, los italianos han modificado su modo de pelear, adaptando y probando diversos «métodos».

Al comienzo de la guerra ensayaron la «ruptura» del frente enemigo por medio de grandes ataques. Este procedimiento lo tentaron en diversos puntos, pero sobre todo en el frente de Isonzo. Aquí se han librado cinco batallas, en las cuales han tomado parte gruesos efectivos. ¿Cuál ha sido el resultado? Hasta hoy el objetivo no ha sido logrado.

Más tarde intentaron el «ataque envolvente» contra las fortificaciones en Trento, atacando simultáneamente desde el Oeste, Sur y Este. Un tercer punto de ataque formaba los alrededores de Dolomitas, porque aquí penetra hacia el Norte la frontera italiana y se aproxima al valle de Puster, donde corren las principales comunicaciones austriacas de los terrenos alpinos. Todos los ataques italianos no han conseguido ganar terreno, pero sí les ha costado considerables pérdidas. El fracaso de los «grandes

ataques» les ha hecho buscar y adoptar nuevos procedimientos.

En lugar de los «grandes ataques» han entrado en acción los «trabajos pequeños». Ahora llevan a cabo empresas locales en diferentes puntos y procuran ganar terreno poco a poco. De aquí que sus ataques tengan lugar en diferentes puntos cambiables, según las probabilidades de éxito previstas. También buscan por medio de numerosos ataques obligar al adversario a dispersar sus fuerzas y cansarlo con el movimiento de sus tropas de aquí para allá. A veces tomando por modelo el procedimiento francés, atacan determinados puntos y preparan el ataque de infantería por medio de fuego graneado de artillería.

Pero también esta nueva táctica italiana no ha alcanzado ninguna ventaja. En general, la situación ha quedado la misma que durante el primer período de los grandes ataques. Veamos si no el terreno del frente:

En la región de Adamello, los italianos han ocupado una angosta faja de la frontera austriaca, entre Lobbia-Alta y el monte Fumo. La frontera corre aquí de N. a S. al E. de Adamello. El sector entre Lobbia-Alta y Monte Fumo, se encuentra en la región de las nieves y se eleva a más de 3.400 metros. De aquí que la ocupación de un peine de la montaña nevada, no tiene la menor importancia para grandes operaciones.

En la región de Trento, han intentado los italianos el avance por dos costados. En el Sur contra Riva y en el Este, en el valle de Sugana, contra el lado de Caldonazo. Al Sur de Riva se ha luchado mucho por el camino de Ponale y el valle Ledro. Los italianos han logrado conquistar una parte de las posiciones avanzadas austriacas, especialmente un muro situado cerca de Sperone. Sin embargo, no han podido aprovechar sus éxitos, pues ni han podido apoderarse de la cuesta Norte que baja al valle de Ledro, ni avanzar sobre el camino de Ponale contra Riva. En el valle Sugana hicieron algunos progresos, cruzaron el valle de Brenta en ancho frente, penetrando con felicidad sobre Rorgo y Ronzengno. Alcanzaron igualmente progresos en el monte Panareta y penetraron en el valle de Prenta con dirección a Levico. Pero todos estos éxitos fueron de muy corta duración, pues los austriacos los contraatacaron arrojándolos de las posiciones ganadas.

En el sector de Dolomitas, los ataques italianos se concentraron sobre Col di Lana, de cuya cima se apoderaron por un ataque feliz de minas subterráneas. Sin embargo, no han intentado aprovecharse de su éxito avanzando al N., para conquistar el monte Sief. Por el contrario, los austriacos reconquistaron un punto de apoyo y han tomado a Col di Lana bajo el fuego de su artillería.

Delante de Goritzia, en el paso de Ploeken, en los Alpes Cárnicos y en Tolmino han tenido lugar refidísimos ataques en los últimos días, con éxito cambiante. En los alrededores de Selz concentraron los italianos grandes efectivos y apoyados por su artillería pesada pretendieron avanzar sobre la meseta de Doberdo. Al principio obtuvieron algunos éxitos locales, pasajeros, porque los austriacos reunieron sus reservas y reconquistaron todas sus posiciones perdidas.

Si se echa una ojeada sobre la situación general de este frente y se consideran las operaciones que en él han tenido lugar, se verá que el resultado de los esfuerzos italianos hasta la fecha han sido *nulos*. El frente general principal elegido por los austriacos continúa *inconmovible*.

Los italianos han progresado mucho en la técnica de sus armas y en el modo de conducir sus ataques, luchan con gran tenacidad y valor; a pesar de todo, los austriacos desde sus trincheras les dictan la ley. Esto demuestra palmariamente la superioridad en la conducción de las operaciones y la capacidad combatiente de las tropas de la Monarquía austro-húngara sobre su adversario. Los austriacos son inferiores en número, pero superiores en potencia combatiente. Esto es un hecho que no tiene vuelta de hoja. 300.000 austriacos mantienen en jaque a más de millón y medio de italianos, que desde ha ya un año continúan,—como lo dice muy bien Subrio Escápula—contemplando las cumbres de los Alpes y las profundidades del Isonzo.

Sé que hay muchos que no gustan de mis críticas, siendo neutrales; lo siento mucho, pero estoy en los teatros de la guerra para informar los hechos tales y como son y no para quemar incienso. No digo que no habré incurrido en faltas, esto es hasta cierto punto natural, dada la dificultad de recoger las noticias, pero llevo la convicción segura de haber hecho y hacer todo esfuerzo posible por narrar los acontecimientos ceñidos a los dictados de la verdad y desde un punto de vista imparcial.

Hoy es el aniversario del rompimiento de la posición rusa en el Dunajec, de la célebre batalla de Gorlice-Tarnow.

Esa batalla grandiosa que de un golpe arrojó al ejército moskovita desde el Dunajec hasta el Zlota-Lipa, cubrió de honor a los cuerpos VI y XI austriacos que en la mañana del 4 rompieron la muralla rusa cerca de Gorlice. Alemanes y austro-húngaros mandados por Mackensen dieron la victoria. Pero la gloria de esa batalla, escrita ya en las páginas de la historia, con letras de oro, corresponde a Conrad v. Hötzendorf, de cuyo potente cerebro salió el plan estratégico y la dirección de la lucha. Hötzendorf es todavía poco conocido fuera de la monarquía del Danubio; mañana que se conozca el papel que ha hecho y hace en la actualidad, sin duda alguna se le colocará a la cabeza de todos los generales—muy pocos—de renombre ya mundial, aparecidos en la gigantesca guerra actual.

J. C. GUERRERO

LA RECONQUISTA Y SUBSIGUIENTE PÉRDIDA DEL FUERTE DE DOUAUMONT

El corresponsal en París del *Times*, en un largo artículo dedicado a los combates de Verdun, escribe los siguientes párrafos relativos a la reconquista del fuerte de Douaumont por los franceses. El artículo está fechado el 24 de mayo, y el mismo 24 de mayo daba a conocer el Ministerio de la Guerra francés que el tal fuerte estaba nuevamente en su totalidad en manos de los alemanes.

»En Douaumont, la infantería francesa se ha eri-

gido un eterno monumento de gloria. Cualquiera que sea el resultado de la batalla, consigan o no los alemanes arrojar a los franceses, el infante francés, que ha conquistado, tomado y sostenídose en el fuerte de Douaumont, aunque sólo sea por un día, ha enriquecido el esplendor de la historia militar de Francia. Innumerables fueron los casos de heroísmo que engrandecieron la conquista del fuerte, y como es ya costumbre, los héroes se conducen con modestia.

»Esta modestia se refleja bien en el siguiente relato de uno de los hombres que formaron el Cuerpo «elegido», preparado especialmente para el ataque frontal al fuerte de Douaumont.

»El narrador era uno de aquellos heridos que, como sus camaradas, cantaba y reía de satisfacción en la ambulancia. Era uno de aquellos asombrosos hijos de Francia que pertenecen al reemplazo de 1911, como sargento. Ha sido, según el *Echo de París*, felicitado especialmente por el general Nivelle por su conducta bajo el fuego. Sus primeras palabras fueron convincentes. «Qué espectáculo tan hermoso»; y con palabra sencilla refirió la parte que había tomado en la batalla.

»—Habíamos estado descansando quince días y teníamos impaciencia por volver al frente. Hace tres días se extendió el rumor de que partiríamos pronto y volveríamos al ataque. Pronto se confirmó la noticia, y a las diez de la noche estábamos delante de los boches. Había ya empezado la preparación de la artillería; los cañones de todos los calibres estaban vomitando fuertes explosivos y shrapnels sobre las trincheras alemanas, desde las cuales se elevaban nubes de humo, polvo y restos. Pronto nos iba a llegar nuestro turno. Una última mirada sobre nuestra dotación de granadas, otra mirada para ver si Rosalía (la bayoneta) estaba en su lugar propio, y quedamos preparados. Nuestro capitán recorrió las líneas: «Camaradas, tened valor y calma, vamos a atacar para algo importante; con valor y confianza rompemos todos los obstáculos».

»Se oyó un lejano toque de corneta. El momento había llegado, y fué un grave momento. El silencio se hizo en las filas; la artillería suspendió su tiro.

Resonó la orden «A la bayoneta»; la segunda compañía, a nuestra derecha, se puso en movimiento y salió de la trinchera, hacia adelante. Entonces se nos dijo a nosotros: «A la bayoneta», y partimos también. Tres oleadas de hierro se agitaban delante de nosotros: oíamos el crepitar de la fusilería, el tronar de los cañones y el ruido incesante de las ametralladoras. Avanzamos sin detenernos.

»Cuando cruzamos la primera trinchera alemana, no quedaba en ella enemigo vivo. Los más de sus defensores habían sido enterrados por el bombardeo, y el resto fué despachado con la bayoneta. Delante de la segunda trinchera, aún seguía la lucha. Nos arrojamos en el combate y tomamos la trinchera. Descansamos algún tiempo delante de las ruinas del fuerte, tratando de cubrirnos en los embudos abiertos por los proyectiles detrás de los muros en pedazos.

»Un pequeño grupo de nuestros granaderos siguió adelante y enseguida se separaron. Los granaderos fueron rodeados por el enemigo. Nuestro capitán nos lanzó a rescatarlos. Hubo un momento de fiero combate cuerpo a cuerpo, en el cual resulté herido, pero antes de que me diera cuenta ya estábamos dentro del fuerte. Nuestro capitán, cuyo uniforme estaba despedazado y cuyas manos estaban tintas en sangre, nos invitó a hacer otro esfuerzo final. Nuestras cornetas tocaron paso de ataque, y nos pusimos a entonar la Marsellesa.

»Cuando los franceses entraron en el fuerte no quedó terminada su tarea. El combate ha proseguido día y noche, siendo arrojados poco a poco los alemanes, que se defienden tenazmente, apoyándose en todos los muros y en cada hoyo, pero van siendo empujados hacia el Norte».

Desgraciadamente para los franceses y para el corresponsal que describe sus gloriosas hazañas, los alemanes recuperaron acto seguido el fuerte, del que no fueron totalmente arrojados en ningún momento, sin que esa reconquista haya inspirado a franceses e ingleses otro comentario que el de ponderar las tremendas bajas que tuvieron los vencedores. Se está dando el caso raro de que los prodigios de valor sólo los realiza, para la prensa de ciertos países, el ejército que resulta derrotado.

CRÓNICA MILITAR

I. Lucha desigual.—II. Posibilidad de un ataque en la costa de Flandes.—III. Situación difícil del mando italiano.—IV. La campaña austro-italiana.—V. La batalla naval del Skager Rak.—VI. La situación el 6 de junio

I.—Lucha desigual

Como si la guerra consistiera en hablar y no en obrar, los aliados habían anunciado para esta primavera, antes del verano, una acción común en los tres frentes principales, contra la que serían impotentes los Imperios centrales, incapacitados de disponer de fuerzas bastantes frente a un ataque combinado.

Adelantándose a este pensamiento, que sin duda no llegó a traducirse en un convenio o acuerdo entre los aliados, los rusos atacaron fuertemente en Volinia, Galizia oriental y Bukovina, y fueron rechazados con sangrientas pérdidas; no escarmentados, repitieron el empuje con sus masas más concentradas en el ala norte de la línea, al S. del Duina; la

batalla fué de breve duración, pero de inusitada violencia, según ahora va revelando poco a poco la prensa rusa. No solo fracasó la tentativa emprendida por el general Kuropatkin, sino que el general Hindenburg la puso término encerrando en un círculo de fuego a dos divisiones moskovitas, que exterminó casi por completo. Las bajas de los rusos en esta ofensiva del Norte se hacen ascender a unos 100,000 hombres.

Entre tanto, los alemanes continuaban su acometida en Verdun, sin que las operaciones en el teatro occidental se resintieran por el esfuerzo de Kuropatkin, como tampoco se aplazó la invasión de Serbia por el empuje de los franco-ingleses a últimos del pasado septiembre.

Derrotados los rusos en sus dos batallas de invierno, al norte y al sur, la línea austro-alemana ha sufrido la única prueba verdad, la de ser furiosamente atacada, y puede considerársela en condiciones de resistir un nuevo asalto. Temían los rusos y siguen temiendo una ofensiva de los austro-alemanes, variando los pareceres acerca del punto en que se ha de ejercer, pues mientras la opinión general se inclina a creer que los grandes acontecimientos tendrán lugar en el N., la circunstancia, entre otras, de estar todavía el extremo de Galizia en manos de los rusos, da más caracteres de probabilidad a un ataque hacia la Besarabia. Pero, con asombro general, los austriacos se han revuelto contra los italianos, aplazando, no se sabe si por mucho tiempo, el choque definitivo con los rusos.

Ha resultado de todo esto, que los aliados se han gastado prematuramente en el teatro oriental; tienen sus fuerzas fijas, quietas, inutilizadas para la ofensiva, que tal vez proyectaron, en el occidental; son atacadas en el meridional; tienen distraídos sin utilidad ni provecho muchos centenares de miles de hombres en Egipto, Mesopotamia y Salónica y Vllona; y sólo en Armenia y Persia los rusos obtienen positivas ventajas, al precio de distraer de los teatros principales unos contingentes numerosos que hubieran tenido mejor aplicación en Europa. Subsiste, pues, la multiplicidad de esfuerzos, la falta de unión y de concierto en los cuarteles generales, la carencia de un plan concreto y definido que no vacile en enviar el núcleo de las tropas a los puntos decisivos; se malogra el poderío de los aliados en empresas secundarias, y, sobre todo, se les ve, lo mismo en el Este, que en el Sur, que en el Oeste, que en los Balcanes, que en Egipto y Mesopotamia, reducidos a la defensiva, a esperar el golpe cuando y como quieran asaltarlos sus adversarios. En estas condiciones la superioridad material sólo conduce a que aumenten las pérdidas y se dificulten y compliquen el mando y los servicios múltiples que exige el mantenimiento de los ejércitos de operaciones en los diferentes teatros.

Contra esta conducta, que parecería inexplicable después de dos años de guerra si los precedentes no nos hubieran acostumbrado a ella, los Imperios centrales practican sistemáticamente el principio de la economía de fuerzas, ocultan sigilosamente sus planes y cuando los ejecutan los sostienen con energía e incansable perseverancia. De un lado la dispersión del empuje y la blandura, del otro la concentración y la tenacidad; la superioridad numérica es derrochada y prodigada en objetivos diversos, los más de orden secundario, mientras que en el campo de los imperiales apenas se da el caso de haberse iniciado una acción aislada, sin formar parte de un pensamiento más vasto. Por eso ha podido decirse con exactitud que los unos hacen la guerra y los otros la soportan; aquellos luchan por la victoria y éstos por evitar o alejar la derrota; hay quien impone la iniciativa y quien todavía no la ha encontrado en su seno. La lucha resulta desigual, pero la desigualdad no está en el sentido que vulgarmente se la considera, sino en el opuesto. Los aliados, fiándolo todo en el número, lo malgastan, y a la vez olvidan otros factores más esenciales. Imaginan una guerra que se resuelva por medios matemáticos, olvidando que si esto fuera posible la guerra desaparecería del mundo.

Dentro de esta creencia tan equivocada, atribuyen a agotamiento del adversario lo que no es más que la manera de evitarse sacrificios y cargas innecesarias. No escarmientan a pesar de las lecciones terribles que han recibido, ni tienen para nada en cuenta las enseñanzas de la historia militar. Se lucha con armas desiguales, pero los paladines no pueden ser más diferentes el uno del otro.

II.—Posibilidad de un ataque en la costa de Flandes

Los críticos ingleses no creen que los esfuerzos del ejército alemán en el teatro occidental se limiten a la región de Verdun. Desde que las tropas británicas tuvieron que extender su frente hasta el Somme, consideran inminente un ataque, y discuten todas las hipótesis posibles que puede proponerse el enemigo y cuáles serán sus planes más probables. Esta creencia ha sido vigorizada por la actitud agresiva que en las tres últimas semanas han tomado las tropas alemanas apostadas delante de las inglesas, aunque en realidad sólo se trataba de fijar al defensor para disuadirle de toda tentación que pudiera resultar molesta y perjudicial a los alemanes.

Recientemente, la inquietud británica se ha ido calmando, a la vez que aparecían otros puntos de vista sobre la futura acción del invasor. No se ha descartado todavía en absoluto la posibilidad de un desembarco en Inglaterra, pero ya se le reduce a modestas proporciones: el envío de algunos millares de alemanes con el exclusivo objeto de dar un golpe de mano contra ciertos depósitos de material de guerra y algunos nudos de comunicación. Este temor es, sin duda alguna, infundado, aunque no debe ser censurado el que los ingleses se preocupen de él. Con ello nada pierden, y en compensación se mejora, por poco que sea, el estudio del sistema defensivo.

Otra opinión, que ha hecho prosélitos, es la que admite la probabilidad de un ataque de flanco contra el frente inglés, mediante un desembarco de los alemanes en el extremo S. de la costa belga o en el Norte de la francesa. Si el adversario, se dice, transportara algunas tropas y artillería en barcos de escaso calado, semejantes a chalanas, que navegaran a corta distancia del litoral, no sólo gozarían de la ventaja de la protección de la artillería alemana situada a lo largo de la costa belga, sino que sería difícil darse cuenta de la presencia de aquellos barcos, y éstos se librarían de los peligros de ser torpedeados, porque los submarinos franceses y británicos no pueden acercarse tanto a tierra, a causa de la abundancia de bajos y arrecifes; las mismas minas submarinas son difíciles de fondear en tales parajes, y las unidades navales de combate inglesas tampoco se aventurarían en aquellos parajes, porque se expondrían a los ataques de los submarinos alemanes. Aunque esa hipótesis no parece tener gran consistencia, merece ser registrada en estas *Crónicas*, siquiera para hacer ver el concepto que los ingleses tienen de la iniciativa y variedad de recursos de los alemanes.

III.—Situación difícil del mando italiano

La intervención de Italia en la guerra sorprendió a los austro-húngaros en los momentos críticos de su gran ofensiva contra Rusia. En lugar de aprove-

charlos para lanzar casi todas sus tropas contra un punto determinado, el mando italiano se dejó llevar por los consejos de la prudencia y estuvo siempre atento a lo imprevisto; era el mejor camino para que su ofensiva resultara estéril y para que el peligro, tan temido, surgiera al fin.

Tranquilos los austriacos por su frente del Sur, una vez derrotada Rusia, llevaron sus armas contra Serbia y Montenegro y se extendieron luego por Albania. Italia respondió a este golpe reforzando sus contingentes en Vallona, donde se creó una segunda Salónica; un ejército, que algunos hacen ascender a 100,000 hombres, se encerró en la ciudad albanesa, a cuyo frente los austriacos han dejado débiles tropas de observación. Y entonces, con las ya acostumbradas a vencer en Rusia y en los Balkanes, el general von Hötzenordenó la ofensiva en el Trentino. Austria fué resolviendo los problemas más urgentes y acometió en último término el italiano; pero esto sólo lo pudo hacer porque sus adversarios se lo permitieron, y antes que ninguno Italia.

No era el Véneto el lugar indicado para la ofensiva italiana. Si en el verano de 1915 un ejército de 150 a 200 mil hombres se hubiera trasladado a Albania y Serbia, los austriacos hubiesen sido atacados en Bosnia y acaso en Dalmacia y acometidos en este tercer frente es muy improbable que resistieran felizmente en todos.

Se ha reprochado al general Cadorna por no haberse inclinado hacia este plan, a todas luces el mejor; pero, por lo que se ha ido viendo después, existían antagonismos irreductibles entre Serbia e Italia por la cuestión del Adriático, lo cual impedía la eficaz intervención de los italianos al lado de serbios y montenegrinos. No pudo, pues, plantearse libremente el problema militar; se le hubo de condicionar al internacional, y como consecuencia los italianos tuvieron que reducirse a operar en las fronteras septentrionales de su península.

Mas, por lo mismo que los planes estratégicos tropezaron con obstáculos insuperables, era menester mayor decisión en el obrar; sólo la firmeza de la ejecución podía compensar el pie forzado en que Italia entraba en la guerra, agravado por la configuración general de la frontera del Norte, favorable a los austriacos. De nuevo la política internacional pesó sobre el alto mando. No sintiéndose Italia apoyada en sus aspiraciones sobre las costas orientales del Adriático, hubo de limitar sus objetivos a los suyos naturales y propios, y es de suponer que trató de ponerse desde el primer momento en el caso de bastarse a sí misma. De aquí la prudencia, que más bien debiera de llamarse timidez, en el desarrollo de las operaciones.

Un gran general, sin embargo, no se hubiera arredrado ni dejado ganar por esas consideraciones. Su primera cualidad, la voluntad de vencer, hubiera prevalecido. Pero ¡cuán pocos generales en esta guerra poseen las dotes de un verdadero caudillo que aspira a vencer y no se satisface con evitar o alejar la derrota! Además, ya en el mes de junio del pasado año la superioridad moral se había inclinado del lado de los imperiales, lo que no podía menos de repercutir en las altas esferas del ejército italiano.

Observaciones son éstas que conviene tener presentes al juzgar la conducta de los directores de la

guerra, cualquiera que sea el papel que la suerte les depare en ella.

IV.—La campaña austro-italiana

Puede darse por terminada la primera fase de la ofensiva austro-húngara en el Tirol. Las cinco columnas principales que descendían entre el Lagarina y el Brenta han limpiado de enemigos la región montañosa y se han asomado al terreno de colinas que precede a los llanos del Véneto. Con la evacuación de Arsiero y Asiago por los italianos, la puerta está abierta, pero la desembocadura por ella no deja de ofrecer peligros.

El ala derecha austro-húngara lucha en el Val Lagarina, donde los italianos oponen una resistencia encarnizada; el ala izquierda, en el Val Sugana, avanza con más lentitud que el centro, no porque los obstáculos que se le oponen sean mayores, sino por la necesidad de no dejar desbordado su flanco izquierdo por los italianos, que todavía se mantienen en territorio austriaco al N. de aquel valle. Bajo la protección de ambas alas, las columnas del centro han podido adelantar con rapidez y terminar la primera parte de su obra con la ocupación de Asiago y Arsiero.

Así la situación, la dirección de la ofensiva austriaca es hacia Vicenza, pero como el ataque habría de ejecutarse casi en punta, de no disponerse de fuerzas numerosísimas, los italianos podrían maniobrar de frente y en los dos flancos y derrotar al invasor. Que esto es lo que pretenden, lo demuestra el abandono de aquellas dos plazas y sus fuertes destacados, y el hecho de que los grandes refuerzos enviados a este sector—haciendo amplísimo uso de los automóviles, como medio de transporte, por no bastar los ferrocarriles—se hayan detenido en la línea de alturas al E. del frente Arsiero-Asiago, sin empeñarlas en los combates de retaguardia. Es evidente que la moral de las tropas italianas ha padecido mucho y que no pocas unidades han quedado desorganizadas por las muchas bajas y la larga retirada; la mezcla de las tropas de refresco con las derrotadas, se habrá creído, con razón, poco conveniente, y de aquí que el general Cadorna haya llevado toda su línea más atrás, con la esperanza de encontrar en la masa la superioridad perdida.

El mayor peligro para los italianos, en este momento, no está en la eventualidad de un avance del adversario sobre Vicenza, sino en que los austriacos se abran paso en el Lagarina, porque, si tal sucediera, la guerra se plantearía en otro teatro, el más delicado del N. de Italia, y sería forzoso replegarse en el Véneto y abandonar la línea de los Alpes. Mientras los austriacos sólo amenacen en la dirección de Vicenza, le será posible al general Cadorna, si dispone, como es de suponer, de una masa de maniobra, continuar ocupando la posición central en que ahora se halla, y detener a los austriacos en el Isonzo y en el N. y contraatacarlos en el O. Pero si un ejército invasor respetable desembocara por el Lagarina, resultaría falseada toda la concentración italiana y habría de cambiarse de líneas de operaciones y de bases, lo que es una de las empresas más difíciles y arriesgadas de la guerra, expuesta indefectiblemente a un desastre. Hay que mirar, pues, con atención los sucesos que se desarrollan en el Lagarina.

Mientras la campaña se ha desenvuelto en las montañas del Tirol, los italianos, aunque habían abierto muchas carreteras militares en los flancos de los montes, no disponían en realidad de comunicaciones bastante buenas y en número suficiente para llevar con rapidez tropas de un punto a otro. En peor caso se encuentran los austro-húngaros, porque su enemigo, al replegarse, ha procurado destruir los caminos. De donde resulta que la línea Arsiero-Asiago no es una buena base secundaria para partir de ella en una segunda ofensiva. Por lo menos, se necesitarán algunas semanas para fortificarla y enlazarla con Trento y Rovereto, de modo que el movimiento de tropas y los transportes de material se efectúen con perfecta regularidad. Es necesario, también, llevar al frente avanzado la numerosa artillería pesada que apoyó el avance italiano. Según esto, se impone una pausa en las grandes operaciones, que sólo continuarán, por parte de los austriacos, en el caso de hallarse notoriamente desmoralizado el ejército de Cadorna.

No se ha registado aún ningún indicio de ofensiva seria de los austriacos en el Isonzo, y realmente hubiera sido prematura. Conviene esperar que se entable la batalla en el llano, y, si entonces la suerte favorece a los austriacos, como habrá de modificarse la línea italiana del Isonzo y del N., habrá llegado la ocasión de un ataque en ambos sectores. De consiguiente, los combates librados hasta ahora en el Trentino no constituyen más que la fase preliminar de una maniobra decisiva. Pero el resultado obtenido ha sido de la más alta importancia y casi nadie lo esperaba.

El general Cadorna, en efecto, para sostener su empuje en el Isonzo, comenzó por cerrar a los austriacos todas las puertas por donde pudieran desembocar en territorio italiano, y a este efecto en una tenaz lucha de un año de duración ocupó los más de los pasos montañosos y se afirmó al otro lado de ellos. Sólo a este precio podía sostenerse sin peligro el ataque en el Isonzo y Doberdo. El último golpe de los austriacos ha echado abajo la obra de muchos meses y, además, ha trocado en realidad lo que antes no era más que una contingencia: los austriacos no es que puedan desembocar del Trentino, es que han desembocado ya, y en estas condiciones sería una locura, de parte de los italianos, obstinarse en ganar terreno en los Alpes y en el Este. Un simple empuje afortunado de los austriacos ha anulado todo el plan, tan laboriosamente puesto en práctica, del general Cadorna. Este es el primer objetivo que debe verse en la maniobra austro-húngara. Sus consecuencias máximas no se patentizarán en tanto el ofensor no se adueñe de todo el Val Lagarina o bien obtenga otro éxito en un segundo punto del frente.

Muy inferior, como dije oportunamente, se ha revelado el mando italiano al del adversario; pero la evacuación de Arsiero y Asiago y el retroceso de la línea de batalla más al E., estableciéndola con tropas de refresco, es una decisión hábil y acertada que pone de relieve la serenidad y el golpe de vista del generalísimo Cadorna. Cómo se resolverá la nueva situación que se ha formado, el tiempo lo dirá.

V.—La batalla naval del Skager Rak

En las batallas terrestres, las posiciones que uno

de los ejércitos conquista y el otro cede señalan al punto quién es el victorioso y quién el derrotado, sin mixtificación posible. De la misma manera, en las operaciones entre ejércitos el terreno pesa sobre los planes y la ejecución y cabe averiguar, aunque lo oculten los beligerantes y siquiera sea de un modo aproximado, los objetivos que se proponía cada uno de los dos bandos. En la guerra naval no existe esa base forzada; aparte de las operaciones que tienen un carácter mixto—forzamiento de un bloqueo, ataque a un puerto o punto fortificado de la costa, preparación de un desembarco, etc.—la suprema finalidad, por no decir la única, es destruir al adversario o, por lo menos, infligirle pérdidas superiores a las que él causa. Ganar mar, en el sentido de ganar terreno, es una frase que no dice nada, y el regreso a las bases navales, después de una gran batalla, es una necesidad imperiosa; claro es que llega antes la escuadra que diste menos de las tuyas, si ha conservado la capacidad de navegación.

Aplicando estas consideraciones a la batalla naval del 31 de mayo y 1.º de junio, al S. O. del Skager Rak, se comprende la imposibilidad de discernir qué es lo que se proponían ambas flotas, en tanto no se conozcan los relatos oficiales detallados, y cuán inocente es hablar de retiradas o huidas. Hay que atenderse a las pérdidas sufridas, y dentro de este capítulo a lo declarado por cada parte y confirmado por la otra. El juicio que así se forma está de acuerdo con la circunstancia de ser posterior en veintitrés horas el parte británico al alemán y con el tono general de los partes y la prensa.

Al parecer, la escuadra de cruceros del almirante inglés Beatty encontró a la análoga enemiga, a las cuatro y media de la tarde del 31 de mayo, y maniobró para interponerse entre ella y el litoral de Dinamarca, para cortar el paso y batirla con el apoyo de la escuadra de acorazados que capitaneaba el almirante Jellicoe; la división alemana, que contaba también con el auxilio de su flota de acorazados, permitió la maniobra enemiga; pero, como navegaran más cerca los acorazados alemanes de sus cruceros que los ingleses de los suyos, la escuadra de Beatty fué atacada por fuerzas superiores, derrotada y puesta en dispersión; cuando acudió Jellicoe con sus barcos, tres horas después, el combate estaba decidido, casi terminado, los barcos alemanes navegaban hacia su base, y la lucha que entonces se trabó fué episódica, no de conjunto, y encomendada en gran parte a los destroyers y torpederos, y acaso también a los submarinos; por lo menos un dirigible alemán tomó parte en el encuentro.

Seguramente, varias unidades de los dos bandos, aparte de las destruídas, recibieron averías más o menos graves, pero esto es imposible saberlo, ni se declarará, probablemente, hasta después de terminada la guerra. Los barcos perdidos por los ingleses, sin duda alguna, son los siguientes: crucero de batalla, super-dreadnought, *Queen Mary*, de construcción modernísima, armado con ocho cañones de 34.3 centímetros y de 28,850 toneladas; los cruceros acorazados, dreadnoughts, *Invincible*, (1908), de 17,250 toneladas, ocho cañones de 30.5 y 16 de 10.1; *Indefatigable* (1909), de 17,250 toneladas, ocho cañones de 30.5 y 12 de 10.1; los cruceros acorazados *Defence* (1907), de 14,600 toneladas, cuatro cañones de 23.1

10 de 19; *Black Prince* y *Warrior* (iguales), construidos en 1904 y 1905, de 13,500 toneladas, seis cañones de 23.4 y 10 de 15.2 ó 4 de 19; y ocho destroyers y torpederos. Tonelaje de los seis barcos de combate, 104,950 toneladas.

Las pérdidas alemanas consistieron en: acorazado *Pommern* (1906), de 13,250 toneladas, cuatro cañones de 28 y 10 de 10.5; los dos pequeños cruceros rápidos, de menos de 3.000 toneladas, *Wiesbaden* y *Frauenlob*, y cinco destroyers y torpederos. Tonelaje del único barco de combate, 13,250 toneladas. Exceso de tonelaje perdido por los ingleses, 91,700 toneladas; en armamento la desproporción es casi la misma. De este balance, resulta que la flota inglesa ha perdido un *superdreadnought* y dos *dreadnoughts*, por ninguno la alemana, quedando equilibrado el poderío de las dos escuadras de cruceros de batalla, aunque sigue siendo muy superior la de acorazados *superdreadnought* y *dreadnought* de la marina inglesa con respecto a la alemana.

Pero no es esto lo importante, sino que en esa batalla, la primera de grandes proporciones, se ha confirmado lo que ya se sospechaba después de los encuentros de Coronel y mar del Norte: la marina alemana es un digno rival de la británica, capaz de derrotarla cuando las fuerzas sean iguales o algo superiores las inglesas. Esto obligará a que maniobren más concentradas las divisiones británicas, y por consiguiente aumentará la libertad de acción de la flota alemana. La trascendencia moral de este memorable hecho de armas no necesita encarecerse. Se abre para Inglaterra un peligro evidente, su superioridad en el mar no será ya indiscutible, y el día que la pierda, el Imperio quedará despojado de su fuerza principal. Con pocas batallas como ésta, la escuadra norteamericana, las mismas alemana y japonesa, prevalecerán sobre la británica, de suerte que aunque Inglaterra obtuviera ahora la victoria en el mar, esta victoria significaría la derrota inevitable de mañana. En este concepto, el encuentro del Skager Rak es un paso decidido hacia la paz, y como tal hay que considerarlo.

La derrota naval de Alemania a nadie sorprendería; es lo lógico y natural; pero la derrota naval inglesa, o la pérdida de su supremacía marítima, marcaría el principio de su decadencia, en este caso más rápida por los repetidos reveses que han padecido sus ejércitos de tierra. Por consiguiente, ahora es cuando los directores de la guerra, en tierra y mar, tienen que demostrar más serenidad y clarividencia.

VI.—La situación el 6 de junio

En Armenia se acentúa la contraofensiva de los turcos; el ala derecha rusa se ha replegado y lo mismo ha tenido que hacer el centro, aunque lo confuso de los partes oficiales no permite puntualizar la importancia de estos movimientos. No parece que haya progresado el avance de los rusos desde Persia hacia la alta Mesopotamia, donde también se cree operan tropas turcas de refresco. Más al S., los ingleses se mantienen a la expectativa, lo mismo en el Tigris que en el Eufrates.

Han sido derrotados, gravemente, los sudaneses que se habían alzado contra la Gran Bretaña. En el frente del canal de Suez no ocurre novedad,

Imp. Castillo.—Aribau, 177.

Las escaramuzas entre aliados y germano-búlgaros en la frontera greco-búlgara, no han conducido a choques importantes. Ha sido declarado el estado de guerra en Salónica, y lentamente prosigue el avance de los búlgaros a lo largo del Struma. También los franceses han ocupado otros pueblos griegos, para proteger mejor su línea. Sigo creyendo que los últimos movimientos de los búlgaros tienen un carácter eminentemente preventivo, y no han de considerarse como señales de un ataque inminente; tal vez obedezcan a impedir o dificultar el traslado de parte del ejército aliado a los Dardanelos, operación de la que han hablado recientemente algunos periódicos extranjeros, aunque cueste trabajo creer que los franco-ingleses se arriesguen a emprender por segunda vez una empresa de la que tan malparados salieron la anterior.

Violentísimas han sido las luchas en la región de Verdun en los primeros días de este mes. Los alemanes, no sólo han asegurado sus posiciones en el fuerte de Douaumont, sino que han avanzado hacia el S., apoderándose del bosque de la Caillette, que no habían podido dominar anteriormente, y han escalado las pendientes N. del fuerte de Vaux; al mismo tiempo, han penetrado en el pueblo de Damloup, que en parte ha caído en sus manos, de suerte que rodean por el Este el fuerte de Vaux, cuya situación se va haciendo crítica. En estos combates, los franceses han perdido unos 2,000 prisioneros y algunas ametralladoras. En la orilla izquierda del Mosa, también los alemanes han obtenido algunas ventajas, aunque menores que las alcanzadas en la orilla derecha. El fuego de artillería continúa vivo, furioso en algunos momentos, preludiando un nuevo asalto.

El grupo de ejércitos rusos del Sur ha emprendido, el día 4, una violenta ofensiva, particularmente intensa en la región del Styr. Los austriacos han retrocedido cinco kilómetros en Okna y han rechazado los demás ataques. Hasta dentro de unos días no podrá apreciarse el resultado de esta batalla.

Está detenido el avance austro-húngaro en el Trentino. Desde el 1.º al 6 de junio han caído prisioneros cerca de 8.000 italianos; trece cañones y varias ametralladoras han aumentado el botín del vencedor. En el frente inglés de Flandes se han tornado más vivos los combates; cerca de Zillebeke, al S. E. de Ipres, los canadienses han perdido más de un kilómetro de la posición avanzada, dejando un millar de prisioneros, entre ellos dos generales, en manos de los alemanes. Hay síntomas de que la lucha en este sector no se interrumpirá en unos días.

Al N. de Escocia, en viaje a Rusia, se ha ido a pique el crucero acorazado inglés *Hampshire*, construido en 1905, de 10.850 toneladas y armado con 4 cañones de 190 milímetros, 6 de 152, 16 de 76 y dos tubos de lanzar. A su bordo iban, y han perecido, el ministro de la guerra Lord Kitchener, con su Estado Mayor y agregados de varios ministerios, que llevaba una comisión militar y política a Rusia. Dado el punto en que ha ocurrido la catástrofe, es de suponer que la ha motivado un submarino. La muerte de Lord Kitchener es dolorosísima para Inglaterra.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

7 de junio de 1916.

Derechos reservados